

El río que se olvidaba de nosotros



El río que se olvidaba de nosotros

*Crónica de cómo San Ruperto de las Mareas estuvo a
punto de no haber existido nunca*

Mateo Quiroga y Marlon Falcón

Ilustraciones de Yolanda Mina

MarlonBooks



Donde estuvo la calle, solo quedan la garza y el pan.

CAPÍTULO 1

La mañana en que se perdió la calle de los panaderos

Siéntese aquí, vecino, en este taburete que ya se acostumbró a las visitas, y no se afane por el zancudo, que a esta hora anda más interesado en el chisme que en la sangre. Le voy a contar una cosa que me contó mi abuela, y si usted después dice que no le cree, yo no me ofendo, porque ella tampoco me lo creía cuando me lo contaba a mí, y eso que lo había visto con sus propios ojos y con los de su comadre, que veía mejor.

Esto pasó en San Ruperto de las Mareas, un pueblo que no está en los mapas porque se mueve. Las casas se paran sobre zancos de madera encima del manglar, y cuando sube la marea se mecen como

señoras en mecedora, y cuando baja se quedan quietecitas, mirando el barro brillante donde los cangrejos hacen sus diligencias. Hay una iglesia con campana de bronce, una escuela pintada de amarillo pollito, una cancha donde los niños juegan al fútbol con los pies llenos de lodo, una barbería donde se arreglan el pelo y el mundo, un muelle largo como una conversación de domingo, y alrededor de todo, abrazándolo como abraza una madre a un hijo que se le quiere escapar, el río Guandal.

El Guandal no es un río cualquiera. El Guandal se acuerda de todo. Se acuerda del primer diente que se le cayó a cada niño del pueblo y de la cara que puso, del nombre de cada perro, de cada gato y de cada gallina con aires de importancia, del día exacto en que se casaron los Angulo y de la tormenta que les tumbó el toldo de la fiesta, de las recetas del sancocho de pescado con sus trece secretos, de las canciones de cuna, de los apodos, de los amores que no se dijeron y de los que se dijeron demasiado alto. En San Ruperto, cuando alguien perdía las llaves o se le olvidaba dónde había enterrado los ahorros, se iba hasta la orilla, se agachaba y le preguntaba al agua, y el agua le hacía un remolino chiquito justo en la dirección correcta. Así de servicial era.

Y luego está la lluvia, que allá no es una sola sino muchas, y cada una tiene nombre propio, porque mi abuela decía que sería una grosería mojarse con alguien sin saber cómo se llama. Está Lucerito, la llovizna joven que cae de madrugada y se va corriendo antes de que la vean; está Chepa, el aguacero bravo de octubre que se mete hasta en los bolsillos; está la Señorita Marcelina, que solo llueve sobre los tejados de zinc porque le gusta cómo suena. Pero la más vieja y la más respetada de todas es Doña Remedios, una lluvia lenta, tibia y con mucha educación, que llega los martes por la tarde, toca primero en las ventanas antes de entrar y cae tan despacio que a la gente le da tiempo de sacar las sillas al portal para verla pasar. Doña Remedios ha mojado a cuatro generaciones de sanrupertinos y conoce a todo el

mundo por su nombre de pila.

Pues bien, vecino, una mañana de esas en que el sol sale todavía con pereza, el pueblo se despertó y había algo que no estaba.

Lo digo así porque no tengo otra manera de decirlo. Entre la casa de las hermanas Riascos y la tienda de don Abundio, donde siempre había habido algo, ahora había un hueco. No un hueco feo ni oscuro, sino un pedazo de manglar tranquilo, con su barro y sus raíces y una garza blanca parada en una pata como si llevara toda la vida ahí. Nadie sabía qué faltaba. Nadie recordaba qué casas habían estado, ni quién vivía en ellas, ni cómo se llamaba esa calle, porque era una calle, eso sí lo sentían en los pies, que se les iban solos por ese camino como quien baja la escalera de su propia casa a oscuras.

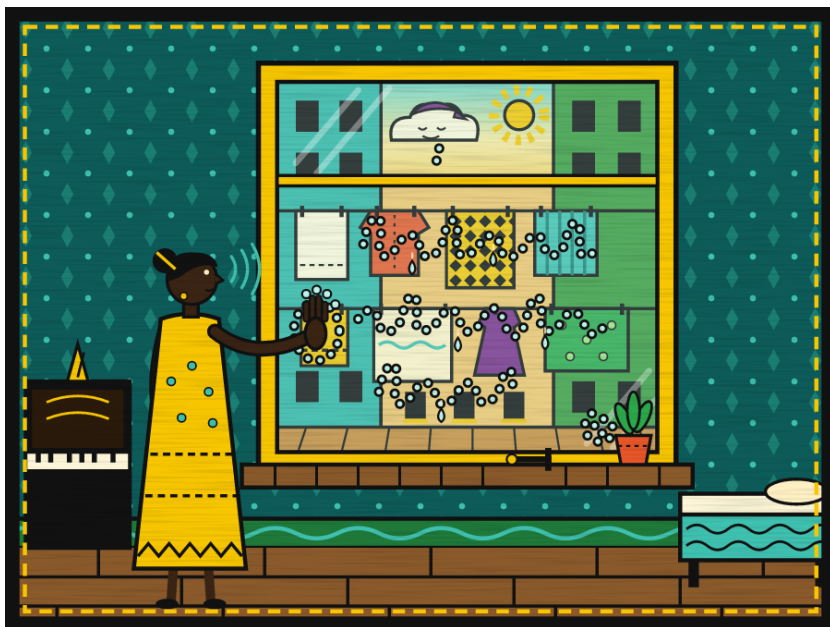
Lo único que quedaba era el olor. Un olor a pan de coco recién horneado, dulce, gordo, tibio, de esos que se le meten a uno por la nariz y le llegan directo a la infancia. Flotaba en el aire sin dueño, como un perro bueno que se quedó esperando en la puerta. Doña Eufemia Caicedo salió con su canasta de todas las mañanas, se detuvo frente al hueco y se quedó un buen rato con la canasta vacía en la mano y unas monedas en la otra, sin saber a quién se las iba a dar. Los niños trajeron frascos de vidrio para atrapar el olor y llevárselo a sus mamás, y algunos dicen que lo lograron, que todavía hay en San Ruperto frasquitos tapados en las alacenas que cuando uno los abre huelen a algo que nadie sabe nombrar. Don Abundio, que es hombre práctico, puso un letrero que decía «Aquí había algo», y eso ayudó un poquito.

Lo curioso, y esto mi abuela lo repetía con el dedo en alto, es que nadie lloró. ¿Cómo va uno a llorar por lo que no recuerda? Pero a todos les dolía un poquito la barriga a la hora del desayuno, como una nostalgia de estómago, y el barbero se pasó el día entero cortando el aire con las tijeras sin darse cuenta.

Al caer la tarde, sin ponerse de acuerdo, los vecinos fueron

caminando uno por uno hacia el muelle, porque en San Ruperto, cuando algo se pierde, se le pregunta al río. Y allá, al final de las tablas, sentada en el mismo banco de siempre con su pañoleta morada y sus manos cruzadas sobre las rodillas, estaba Saturnina Mosquera, contándole cosas al agua como lo había hecho cada tarde desde que nadie tenía memoria. Hablaba bajito, risueña, moviendo la cabeza como quien conversa con una comadre, y el Guandal pasaba a sus pies, quieto, oscuro, brillante.

Los vecinos se quedaron mirándola un rato largo. Ella siguió hablando y hablando. Y fue entonces, vecino, cuando a todos al mismo tiempo se les ocurrió una cosa que nunca se les había ocurrido, y es que el río, esa tarde, no le estaba contestando con un solo remolino.



Un martes sin lluvia, la ventana de Celestina recibió una carta.

CAPÍTULO 2

Una carta escrita por la lluvia

Ahora fíjese, vecino, que esta historia tiene que dar un salto largo, y no se me asuste, que yo salto despacio. Nos vamos a la ciudad, a esa ciudad grande donde las lluvias no tienen nombre, donde la gente se moja con desconocidos todos los días y nadie se disculpa, y donde el agua cae como cae una factura, sin saludar.

Allá vivía Celestina Mosquera, en un apartamento del cuarto piso con una ventana que daba a un patio de ropas tendidas y a un pedacito de cielo del tamaño de un pañuelo. Celestina era afinadora de pianos, oficio raro y bonito, de los que ya no quedan. Tenía un oído tan fino que podía oír cuándo una cuerda estaba triste, y se pasaba los días visitando pianos viejos en casas de señoras viudas, en colegios de

monjas y en salones de baile donde ya nadie bailaba. Abría las tapas, ponía la oreja, tocaba una tecla y luego otra, y con su llavecita iba apretando y aflojando hasta que el instrumento suspiraba aliviado, como quien por fin se quita los zapatos. Los pianos la querían mucho. La gente también, aunque ella no se daba cuenta, porque era de esas personas que escuchan tan bien que se les olvida hablar.

Un martes por la tarde, y anote bien que era martes, Celestina volvió de afinar un piano de cola que llevaba veinte años desafinado por despecho, y encontró la ventana de su cuarto mojada. Eso no tenía nada de raro, porque en la ciudad llueve cuando le da la gana. Lo raro era que afuera no estaba lloviendo, que el patio estaba seco, que las sábanas de la vecina seguían colgadas sin una gota encima, y que sobre el vidrio de su ventana, solo sobre el suyo, había unas gotas gordas y tibias bajando muy despacito, ordenadas, con una caligrafía de colegio antiguo, de esas que todavía hacen la ele con su gancho y la ve con su colita.

Decían así: «Vuelve, que el río se está quedando sin nosotros».

Celestina se sentó en la cama. Se volvió a parar. Tocó el vidrio por dentro, y le dio la impresión, que luego no supo explicarle a nadie, de que alguien del otro lado le había devuelto el gesto con mucha educación. Antes de borrarse, las gotas hicieron una cosa que ella no había visto nunca: se juntaron todas en la esquina de abajo y escribieron, chiquitico, a manera de firma, «R.».

Mi abuela decía que Doña Remedios jamás había salido del Pacífico, que le daba miedo perderse entre tanto edificio y que no le gustaba la ciudad porque ahí no había portales donde la esperaran con sillas. Así que imagínese usted el tamaño del apuro para que una señora tan vieja, tan formal y tan de su casa cruzara cordilleras y nubes ajenas solo para dejar un recado en una ventana del cuarto piso.

Esa noche Celestina no durmió. Se puso a pensar en San Ruperto, y descubrió que tenía muy poco que pensar. Su madre se la había

llevado del pueblo cuando ella era tan chiquita que todavía no sabía decir agua, y nunca más quiso hablar del asunto. Cada vez que la niña preguntaba por la abuela, por el río o por qué ellas no tenían pueblo como las demás familias, la madre cambiaba de tema con una habilidad que daba admiración: le preguntaba por las tareas, le servía más arroz, descubría de repente una gotera. En la casa no había fotos de manglares, ni postales, ni cartas. Lo único que llegaba, cada diciembre, era un paquete sin remitente con dulce de coco envuelto en hoja de plátano, y la madre se lo comía sola en la cocina, de espaldas, y a veces Celestina creía oírla reírse bajito y otras veces creía oírla llorar, y nunca supo cuál de las dos cosas era.

Solo una vez, cuando tenía nueve años, Celestina había ido a San Ruperto. Fue una semana de vacaciones en que su madre no tuvo con quién dejarla, y de esa semana le quedaban unas pocas cosas sueltas, como botones en un cajón: una pañoleta morada, unas manos que olían a cebolla de rama, una voz que le contaba cuentos sin parar y un muelle largo donde una señora le hablaba al agua como quien le habla a un pariente. Celestina le había preguntado qué hacía, y la abuela le había dicho, muerta de la risa: «Chismeando, hija, que es lo que mejor sé hacer». Y ya. Eso era todo lo que tenía de su abuela Saturnina. Pensó que era muy poquito para una vida entera, y se avergonzó.

Al otro día canceló tres pianos, le pidió a la vecina que le regara las matas, metió en una maleta su llavecita de afinar, por costumbre, y tomó el bus hacia la costa. Allá, en un puerto lleno de gritos, motores y canastos, se subió a una lancha con techo de lona que iba río abajo, entre señoras con gallinas en el regazo, un muchacho con una marimba envuelta en una cobija y un lanchero que manejaba con un pie y saludaba con las dos manos.

Y fue en ese viaje, vecino, donde empezaron a pasarle cosas. Primero fue el olor: a barro dulce, a sal, a madera mojada, a fogón de leña, y ella supo sin saber cómo que eso se llamaba olor a manglar,

aunque nunca lo había aprendido. Luego fueron las palabras. Una señora sacó un racimo de frutas rojas y Celestina, sin pensarlo, dijo «chontaduro», y la palabra le salió de la boca como sale un pájaro de una jaula que alguien dejó abierta. Después vio una canoa angosta y dijo «potrillo». Vio unas huertas levantadas en palos encima de las casas y dijo «zoteas». Oyó al muchacho destapar la marimba y probar unas notas, y supo, con su oído de afinadora, que esa marimba estaba perfecta, y supo también que esa música la había oído antes, de muy lejos, con la cara pegada al pecho de alguien.

No sabía que guardaba todo eso. Era como encontrar plata olvidada en el bolsillo de un abrigo viejo, pero mucha plata, y en monedas de un país que creía no conocer.

Al atardecer la lancha dobló un recodo y apareció San Ruperto de las Mareas, meciéndose sobre sus zancos, con la escuela amarilla, la campana y el muelle larguísimo. Celestina agarró su maleta, se arregló el pelo con los dedos y se dijo, muy tranquila, que solo venía a visitar a su abuela, a darle un abrazo, a preguntarle por la carta y a volverse en una semana a sus pianos.

Ay, vecino. Uno siempre cree que solo va de visita.



Saturnina sigue contándole al río, y el Guandal pasa de largo.

CAPÍTULO 3

La abuela que seguía contando

Llegó Celestina al muelle con la maleta en una mano y el corazón en la otra, y lo primero que vio, al final de esas tablas largas como una conversación de domingo, fue la pañoleta morada. Ahí estaba. Sentada en su banco, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la espalda derecha, mirando el agua como quien mira a un pariente que llegó de visita y no se quiere ir.

—¡Mija! —gritó la abuela, sin voltear siquiera, porque las abuelas de allá saben quién viene por el modo de pisar—. ¡Pero si es la Celestina! Venga, siéntese, que le tengo un chisme de este tamaño.

Y Celestina, que había ensayado en la lancha un saludo muy formal, con su perdón por tantos años y su gracias por la carta, se

encontró de pronto sentada al lado de Saturnina, apretada contra su costado, oyéndola hablar como si se hubieran visto la semana pasada. La abuela le contó en un solo respiro que las gemelas Valencia seguían sin ponerse de acuerdo sobre cuál de las dos había nacido primero, que el gallo de don Evaristo cantaba a las tres de la tarde por llevar la contraria, que la Señorita Marcelina andaba resentida porque alguien había cambiado un tejado de zinc por uno de palma, y que el sancocho de esa semana le había quedado tan bueno que el río casi se sale a pedir un plato. Hablaba y se reía, se reía y hablaba, y movía las manos como quien teje en el aire.

Pero hubo cosas, vecino, que el oído de afinadora de Celestina no pudo dejar pasar.

La primera fue la voz. Era la misma voz de sus nueve años, la de los cuentos sin parar, pero salía delgadita, casi transparente, como un pañuelo lavado demasiadas veces, de esos que uno levanta contra la luz y ve el sol del otro lado. Celestina, que sabía oír cuándo una cuerda estaba triste, oyó que a esa voz le faltaba algo, una nota de abajo, un peso, como si las palabras salieran de la boca de la abuela y se deshicieran antes de tocar el agua.

La segunda fue la gente. Por el muelle pasaban los vecinos de vuelta de sus quehaceres, y todos, sin excepción, saludaban a Saturnina con una ternura que tenía algo de nervios. Don Abundio se quitó el sombrero y se lo volvió a poner tres veces. Doña Eufemia Caicedo le dejó a la abuela un pocillo de tinto caliente en el banco, le acarició el hombro sin llegar a tocarlo y se fue casi corriendo, con los ojos aguados. Junto al banco había otros pocillos, muchos, una fila entera de cafés fríos que nadie se había tomado, y unos platicos con pan, con cocadas, con arroz con leche, intactos, ordenados como ofrendas de cumpleaños. Las gemelas Valencia pasaron de la mano y le dijeron «buenas tardes, doña Saturnina» con una dulzura tan exagerada que parecía que le estaban hablando a un pajarito herido.

—Este pueblo está muy cariñoso últimamente —dijo la abuela,

encantada—. Debe ser el calor.

Al ratico se acercó por las tablas un hombre flaco, alto, de camisa blanca muy planchada y sombrero en la mano, que caminaba como piden permiso los que llegan tarde a misa. Era don Fermín Hurtado, el sepulturero, el hombre más tímido de San Ruperto, que había escogido ese oficio, según decía mi abuela, porque sus clientes no le hacían preguntas. Saludó a Saturnina con una venia, le preguntó a Celestina si podía robársela un momentico, y se la llevó hasta la otra punta del muelle, donde el viento se llevaba las palabras para el lado contrario.

Y ahí empezó, vecino, el rodeo más largo que se ha dado en la historia del Pacífico.

Primero le habló del tiempo, de que Doña Remedios andaba rara, de que había llovido un martes sin avisar. Luego le habló de su oficio, de lo bonito que es sembrar flores en un cementerio, de que los muertos de San Ruperto son muy agradecidos y muy tranquilos. Luego le habló de los cangrejos, que no tenían nada que ver, y luego de la marea, que tampoco. Le preguntó si había comido, si la lancha la había mareado, si en la ciudad los pianos se desafinaban más que en el campo por culpa del ruido. Se secó la frente con un pañuelo. Se lo guardó. Lo volvió a sacar.

—Don Fermín —le dijo Celestina, que ya estaba sintiendo un frío en la nuca—, dígame lo que me tiene que decir.

El sepulturero miró al río, miró a la abuela, miró sus zapatos, y por fin lo soltó con una voz tan suave que pareció que no lo decía sino que lo dejaba caer con cuidado, como quien pone un huevo en el suelo.

—Su abuelita se murió, hija. Hace tres meses. Dormidita, en su hamaca, una madrugada en que llovía Lucerito. Con una sonrisa, como si estuviera soñando algo bueno. No sufrió nada, eso se lo juro por mis difuntos, que son muchos.

Celestina se volvió a mirar. Allá seguía Saturnina en su banco, contándole cosas al agua.

—Lo que pasa —siguió don Fermín, y ya no paraba— es que ella no se enteró. Al otro día amaneció en el muelle como siempre. La velamos, le cantamos, la enterramos con todas las de la ley, y ella vino al entierro repartiendo tinto y preguntando quién era el difunto, que debía ser alguien muy querido porque había mucha gente. Y nadie, hija, nadie tuvo corazón para decírselo. ¿Quién le dice eso a una señora tan contenta?

Le contó lo demás con la cabeza gacha. Que desde esa madrugada las historias de la abuela ya no llegaban al río. Que ella seguía contando todas las noches, juiciosa como siempre, pero el Guandal ya no la oía, porque la voz de los muertos que no saben que lo están es demasiado liviana y se la lleva el viento antes de tocar el agua. Que el río, sin nadie que le contara el pueblo, había empezado a olvidarlo. Primero cosas chiquitas, el nombre de un gato, un apodo, el sabor de una receta. Después la calle de los panaderos, entera, con sus hornos y sus tejados y su gente adentro, que seguían ahí en alguna parte pero nadie sabía dónde.

—Por eso Doña Remedios fue a buscarla —dijo don Fermín—. Usted es la última Mosquera.

Celestina no dijo nada. Caminó de vuelta por las tablas, despacito, y se sentó otra vez al lado de su abuela. Saturnina le pasó el brazo por los hombros, liviano como una pañoleta, y siguió contándole al río que esa tarde había llegado su nieta, la afinadora de pianos, la más linda de todas.

Y el Guandal, vecino, pasó de largo, sin hacer ni un solo remolino.



Celestina abraza el cuaderno; Saturnina cuenta el pueblo al río.

CAPÍTULO 4

El oficio de recordar al río

Esa noche, vecino, Celestina no quiso dormir en la casa de don Fermín, que se la ofreció con mucha pena y muchas sábanas limpias, sino en la casa de su abuela, una casita de tablas azules parada en sus zancos al borde del manglar, con una zotea de cilantro en el techo y una hamaca colgada en la sala que nadie se había atrevido a descolgar. Saturnina se quedó en el muelle, como todas las noches, contándole al agua. Celestina la miró un rato desde la ventana y luego, porque no podía con tanto silencio, se puso a revisar la casa.

Debajo de la hamaca había un baúl. Era de madera oscura, con herrajes de cobre verdecidos y una cerradura que no tenía llave porque en San Ruperto nadie cierra nada, y cuando Celestina levantó

la tapa le salió un olor a tamarindo tan fuerte, tan dulce y tan agrio a la vez, que tuvo que sentarse en el piso. Mi abuela decía que las familias guardan sus secretos en tamarindo porque es la única fruta que sabe a lo que saben los secretos: primero te arruga la cara y después no puedes dejar de comerla.

Adentro había de todo, como en todos los baúles que valen la pena: un vestido de novia amarillento doblado con mucho cuidado, una peineta de carey, un frasco de botones, un trompo sin cuerda, unas cartas amarradas con cinta, un retrato de un hombre bigotudo con sombrero de paja y, en el fondo, envuelto en un pañuelo morado, un cuaderno grueso de tapas de cuero, hinchado por la humedad de muchos años. En la primera página, con una letra redonda y temblorosa, decía: «Libro de lo que el río nos cobra».

Celestina lo abrió, y el olor a tamarindo se hizo más fuerte, como si el cuaderno también quisiera hablar.

La primera en escribir había sido la bisabuela Bienvenida Mosquera, y contaba la historia así, sin adornos, porque las mujeres de antes no gastaban tinta en floreos. Hacía muchísimos años, cuando San Ruperto era apenas un puñado de casas, vino una creciente como no se había visto nunca. Llovió Chepa cuarenta días seguidos, tan brava que se metía hasta en las ollas, y el Guandal se fue hinchando, hinchando, hasta que una noche empezó a llevarse las cosas: primero las canoas, luego los gallineros, luego las primeras casas, que se fueron flotando río abajo con sus hamacas y sus santos, por fortuna vacías, porque la gente ya se había subido a la loma. Y el río, que en ese entonces era joven y atolondrado, no se llevaba solo las casas, sino que se olvidaba de ellas. Lo que el agua arrastraba, nadie lo volvía a recordar.

Entonces Bienvenida, que era una muchacha de dieciséis años con más valor que juicio, bajó sola hasta la orilla, se metió al agua hasta las rodillas y le habló al Guandal como se le habla a un muchacho malcriado. Le dijo que si no podía con tanto pueblo encima, ella se lo

iba a contar todas las noches, casa por casa, nombre por nombre, para que lo sostuviera en la memoria y no lo dejara caer. Y el río, que nunca había tenido quién le conversara, se quedó quieto, y la lluvia paró, y a la mañana siguiente las casas que se habían ido estaban otra vez en su sitio, un poquito torcidas, pero enteras.

Hasta ahí, vecino, parece un cuento bonito. Pero ya le dije que toda magia tiene su precio, y este estaba escrito en las páginas siguientes.

Porque el Guandal aceptó el trato, pero puso una condición. A cambio de guardar el pueblo, se cobraría un pedacito de la vida de quien se lo contara. Un recuerdo por cada año de oficio. No los grandes de una vez, sino uno por uno, con paciencia de agua, como quien se va comiendo un racimo de uvas. Y así, debajo de la historia de la creciente, venía una lista, año por año, con la letra de Bienvenida volviéndose cada vez más torcida: «Año 3: el nombre de mi primera muñeca. Año 9: el sabor del pan de mi mamá. Año 17: la canción con que me dormía mi abuelo. Año 30: el día que conocí a mi esposo». Y al final, en otra letra, la de una hija que la cuidaba: «Mi mamá se fue tranquila. Ya no se acordaba de nada suyo, pero se sabía el pueblo entero».

Luego venían las páginas de Saturnina. Celestina reconoció la letra porque era igual que la voz: inclinada, apurada, llena de vueltas. Cincuenta años de oficio, cincuenta renglones. Algunos eran pequeñitos, casi chistosos: «Año 4: dónde guardé las tijeras buenas». Otros no. «Año 22: la fecha de mi cumpleaños. Ya no sé cuándo celebrarme, así que celebro a los demás». Y más abajo, con la tinta un poco corrida, como si le hubiera caído encima una gota que no era de lluvia: «Año 31: la cara de Anselmo. Tengo su retrato en el baúl, pero cuando lo miro veo a un señor muy simpático que no conozco».

Celestina sacó el retrato del hombre bigotudo y se quedó mirándolo un largo rato. Su abuelo. Tenía los mismos ojos que ella veía en el espejo cada mañana.

Pero lo que la dejó sin aire fue el último renglón escrito antes de que la lista se volviera desordenada. No era un olvido. Era otra cosa. Decía así: «Hoy se fue mi hija con la niña en brazos. Le tocaba heredar el oficio, y me dijo que prefería no tener pueblo antes que olvidarse algún día de la cara de su hija. La dejé ir sin decirle nada. Hizo bien. Yo cuento por las dos».

Y entonces, vecino, Celestina entendió todo de golpe, como cuando una cuerda que llevaba años desafinada encuentra por fin su nota: entendió los cambios de tema, las goteras repentinas, el arroz servido a destiempo, el dulce de coco de cada diciembre comido a escondidas en la cocina, entre risas y lágrimas que eran, ahora lo sabía, la misma cosa. Su madre no había huido del pueblo. Había huido del olvido, cargándola a ella como quien se lleva lo más valioso de una casa que se incendia.

Celestina cerró el cuaderno, lo apretó contra el pecho y se asomó a la ventana. Allá, al final del muelle, la pañoleta morada seguía moviéndose bajito, contándole al río una historia que el río ya no podía oír.

Y ella, que no sabía contar nada, sintió por primera vez que le tocaba.



La madrugada de Lucerito: cuarenta y dos cuadernos en blanco.

CAPÍTULO 5

Inventario de lo que se va

Dicen que las desgracias, vecino, no llegan nunca solas, pero en San Ruperto llegaban peor: llegaban calladitas, sin hacer bulla, y uno solo se daba cuenta cuando ya se habían ido con algo debajo del brazo.

La primera fue la campana. Una mañana el padre Eleuterio subió al campanario a tocar las seis, como llevaba cuarenta años haciéndolo, jaló la cuerda con todas sus fuerzas y la campana de bronce se meció de lado a lado, brillante y obediente, sin soltar ni un solo tilín. No es que estuviera rota, que el herrero la revisó con lupa. Es que el pueblo se había olvidado de cómo sonaba, y una campana que nadie recuerda no tiene con qué sonar. El padre siguió tocándola

de todos modos, por terquedad y por cariño, y los vecinos, que se asomaban a las ventanas al verla moverse, se quedaban con la boca un poquito abierta, esperando un ruido que no venía, como quien espera un estornudo ajeno.

Después fue la risa de las gemelas Valencia. Usted tiene que saber que esas dos muchachas se reían igualito, con una risa de agua que se riega, que empezaba en una y terminaba en la otra, de manera que nadie sabía nunca cuál había arrancado. Media cuadra se contagiaba cuando ellas se reían. Pues una tarde don Abundio les contó el chiste del cangrejo que quería caminar derecho, que era su favorito, y las gemelas abrieron la boca, se doblaron, se agarraron la barriga, y lo único que salió fue un airecito tibio. Se miraron asustadas. Lo intentaron otra vez con cosquillas, con el chiste del pelícano, con la cara que pone el gallo de don Evaristo cuando canta a destiempo. Nada. Seguían contentas por dentro, eso sí, y se les notaba en los ojos, pero la alegría se les quedaba sin camino para salir, como una visita que no encuentra la puerta.

Al otro día le tocó a la lancha de don Evaristo. Era la lancha más bonita del río, y todo el mundo lo sabía, aunque nadie se acordaba ya de por qué. Don Evaristo amaneció en el muelle rascándose la cabeza delante de su embarcación, que ahora tenía un color que no era ninguno, ni gris, ni blanco, ni de madera, un color de cosa que espera. Él juraba que había sido de un color precioso, de esos que dan ganas de echarse a navegar sin rumbo, pero no le salía el nombre. Le preguntó a medio pueblo. Unos decían que verde, otros que amarilla, el barbero dijo que a rayas por decir algo, y la Señorita Marcelina, que pasaba por ahí, se negó a opinar porque la lancha no tenía techo de zinc.

Y lo peor, vecino, lo que de verdad le arrugó el corazón al pueblo, fue la canción. Había una que todos cantaban, la de «Bogando va la luna», que las madres les cantaban a los niños para dormirlos, que los pescadores tarareaban al recoger las redes y que en las fiestas se

cantaba al final, abrazados, cuando ya nadie quería irse a la casa. Esa noche, en el cumpleaños de doña Eufemia, todos la empezaron a coro, con mucho sentimiento, y fueron cantando estrofa por estrofa hasta llegar al último verso, y ahí, al mismo tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, se quedaron callados. Con la boca abierta y la nota en el aire. Nadie se acordaba de cómo terminaba. Doña Eufemia se puso a llorar, y no por su cumpleaños.

Así que el alcalde, don Prudencio Valencia, tío de las gemelas y hombre de muchas reuniones, convocó a una asamblea en la escuela amarilla. Vino el pueblo entero, con sus sillas, sus abanicos y sus termos de tinto, y se decidió por unanimidad hacer una lista de todo lo que había en San Ruperto, para que no se perdiera nada más. Fue la asamblea más larga de la historia, que duró tres días con sus noches. Se apuntó cada casa y cada familia, cada perro con su nombre y su mal genio, cada receta con sus trece secretos, cada apodo y la razón del apodo, cada lunar de cada vecino, cada palo de mango y cuántos mangos daba. Hubo discusiones larguísimas sobre si el gallo de don Evaristo cantaba a las tres o a las tres y cuarto, y sobre si el sancocho de la tía Rufina llevaba cilantro o cilantro cimarrón, que no es lo mismo.

La maestra Rosalba Ibargüen, que tenía la letra más bonita del Pacífico, se ofreció a pasarlo todo en limpio. Compró cuadernos, muchos cuadernos, y se sentó día y noche a escribir con su tinta azul de colegio, sacando la lengua de concentración, hasta que se le acalabró la mano y siguió con la otra. Llenó cuarenta y dos cuadernos. Los amarró con cabuya, los llevó al muelle en una carretilla y los dejó en la orilla con mucho orgullo, para que el río los leyerá.

Y esa madrugada, vecino, llegó Lucerito.

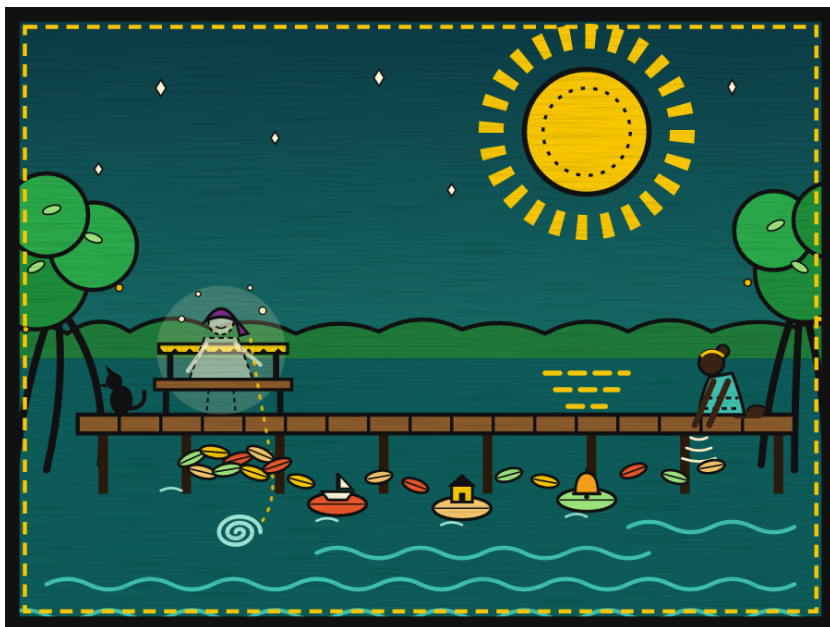
Fue una llovizna nada más, de esas que pasan corriendo, pero bastó. Cuando la maestra bajó al muelle con el sol, encontró los cuarenta y dos cuadernos abiertos y blanquitos, y un hilo de tinta azul

bajando por las tablas hasta el agua, donde se deshacía sin dejar rastro. Ni una letra había quedado. Rosalba se sentó en la carretilla con las manos manchadas y dijo una cosa que se repitió por todo el pueblo antes del almuerzo: que el Guandal no sabía leer, que nunca había sabido, que lo suyo era el oído.

Celestina estaba ahí. Había ido a llevarle a su abuela un pocillo de tinto que, ya lo sabía, nadie se iba a tomar. Miró los cuadernos vacíos, miró la tinta perdida en el agua, miró a Saturnina contando y contando con su voz de pañuelo gastado, y abrió el «Libro de lo que el río nos cobra» en la primera página, donde Bienvenida lo había dejado escrito clarito, aunque ella no lo había querido ver: el río escucha solamente la voz hablada de una Mosquera.

Esa tarde se perdió también el nombre del perro de don Fermín. El perro siguió moviendo la cola, pero ya nadie sabía cómo llamarlo.

Y Celestina, que había venido por una semana, entendió que no tenía una semana, que tal vez no tenía ni tres días, y que en todo San Ruperto, entre tanta gente buena con tantas ganas de ayudar, no había nadie más que pudiera hacer lo que le tocaba a ella.



Las palabras de Celestina flotan hasta los pies de la abuela.

CAPÍTULO 6

Cómo se le dice a un muerto que está muerto

Mi abuela decía, vecino, que no hay noticia más difícil de dar que la que uno no quiere que sea verdad, y que por eso los mensajeros de las malas nuevas caminan tan despacio. Pero decía también que hay una más difícil todavía, y es decirle a alguien que se murió, porque uno nunca sabe si darle el pésame o desearle buen viaje.

Celestina lo intentó primero sola, esa misma mañana. Se sentó en el banco, le tomó la mano a la abuela, que pesaba lo que pesa una hoja seca, respiró hondo y le dijo despacito, mirándola a los ojos:

—Abuela, usted se murió.

Y Saturnina le contestó, muy interesada:

—¿Verdad que sí va a llover, hija? Yo también lo siento en las rodillas.

Celestina lo repitió más alto, más claro, con otras palabras. Y cada vez pasaba lo mismo, y aquí está lo raro: ella oía su propia voz salir enterita, pero al llegar al oído de la abuela la noticia se desviaba, como una radio vieja que se cambia sola de emisora, y se convertía en otra cosa. En el clima. En el precio del plátano. En una pregunta por el gallo de don Evaristo. Celestina, con su oído de afinadora, lo notó enseguida: era como tocar una tecla y que sonara la de al lado.

Así que pidió ayuda, y en San Ruperto pedir ayuda es como abrir una represa. Esa tarde se juntó medio pueblo en la tienda de don Abundio, y cada quien traía su idea, y todas eran buenas, y ninguna se ponía de acuerdo con las otras. Al final decidieron intentarlas todas, por orden de llegada, que es la forma más justa de decidir cuando nadie sabe nada.

Las primeras fueron las cantadoras. Llegaron al muelle al caer la tarde, doña Tránsito Angulo adelante y las otras cinco detrás, con sus faldas largas, sus velas encendidas y esas voces graves que parecen salir del fondo del manglar. Se pararon frente al banco y le cantaron a Saturnina los alabaos más hermosos que se habían oído en el Pacífico, los de despedir a los que se van, uno tras otro, con tanto sentimiento que hasta los cangrejos se quedaron quietos en el barro. Y la abuela, encantada, se puso a responderles el coro sin equivocarse en una sola palabra, marcando el compás con la mano.

—¡Qué belleza! —dijo al final, secándose los ojos con la pañoleta—. ¿Y a quién están despidiendo? Debe ser alguien muy querido. Cuando me toque a mí, comadre Tránsito, me canta ese mismito, pero más ligerito, que yo en los velorios me duermo.

Doña Tránsito se fue llorando, y las otras cinco detrás, llorando a coro, porque hasta para eso eran afinadas.

Al otro día le tocó a don Fermín. El sepulturero se había pasado la noche entera pintando la lápida, que estaba un poquito descascarada por el sol, y la trajo en una carretilla, blanquita como una sábana de domingo, con letras azules que decían: «Aquí descansa Saturnina Mosquera, que le contó el pueblo al río». La puso frente al banco con mucho cuidado, se quitó el sombrero y esperó.

La abuela leyó despacio, moviendo los labios.

—Qué letra tan bonita, don Fermín. ¿Usted mismo la hizo? —Y luego, mirando para el manglar—: Oiga, y ese perrito suyo, ¿al fin cómo es que se llama?

Don Fermín abrió la boca para contestar, y se acordó de que nadie lo sabía, y se tuvo que sentar en la carretilla, al lado de la lápida, con el sombrero en las rodillas.

Después vino don Lisímaco Cuero, el barbero, que era hombre de pocas palabras y mucho pulso, y que pensó que lo que no entra por el oído entra por los ojos. Trajo una cartulina grande, dividida en cuadritos como las tiras cómicas del periódico, y en cada cuadrito un dibujo hecho con carboncillo y mucho amor. En el primero, una señora de pañoleta dormida en su hamaca. En el segundo, Lucerito cayendo sobre el tejado. En el tercero, la misma señora con un par de alitas, muy sonriente. Y en el cuarto, la señora sentada en el muelle, pero dibujada con líneas tan delgaditas que casi no se veía, como un suspiro con forma de abuela.

Saturnina estudió la cartulina con muchísima atención. Señaló el primer cuadrito.

—Esta soy yo. Mire, hasta me sacó la verruguita.

Don Lisímaco asintió, esperanzado. Ella señaló el tercero, el de las alitas, y se rió.

—Y esta es la comadre Tránsito disfrazada para el carnaval del setenta y cuatro. ¿Se acuerda, don Lisímaco, que ese año usted le

cortó el pelo al alcalde con las tijeras de podar?

Y se puso a contarle la historia del carnaval completa, con pelos y señales, y el barbero se quedó escuchando con la cartulina en la mano, porque además la historia era buenísima.

Así se fue la semana. El padre Eleuterio intentó con un sermón y ella le corrigió dos fechas. La maestra Rosalba se lo explicó con una lección de ciencias naturales y la abuela le pidió la receta del dulce de grosella. Las gemelas Valencia ensayaron una obra de teatro, y Saturnina aplaudió tanto que las gemelas, sin risa como estaban, casi se ríen.

La última noche, cansada de tanto intentar, Celestina hizo lo único que no había hecho. Se fue a la otra punta del muelle, lejos del banco, se arrodilló sobre las tablas y le habló al río ella misma. Le contó lo poquito que sabía: que en San Ruperto había una campana de bronce, que había una escuela amarilla, que había una lancha que alguna vez fue de algún color.

Las palabras cayeron sobre el agua y se quedaron flotando, como hojas de almendro. El Guandal no se las tragó. Las fue empujando con mucha suavidad, con mucha educación, a lo largo del muelle, hasta dejarlas todas amontonadas a los pies de Saturnina. Y luego hizo un remolino chiquito, el mismo que hacía cuando alguien perdía las llaves, apuntando derechito hacia la pañoleta morada.

Celestina lo entendió como se entienden las cosas en ese pueblo, sin que nadie se las explique. El río no estaba sordo. Estaba esperando. Era como el perro de don Fermín, que ya no tenía nombre pero seguía sentado en la puerta de la casa: mientras su recordadora siguiera ahí, en su banco, el Guandal no le iba a aceptar la voz a nadie más, por pura lealtad, por puro cariño, aunque se estuviera olvidando de todo.

Volvió al banco y se sentó al lado de su abuela. Saturnina le pasó el brazo por los hombros, liviano como siempre.

—Ya ve, hija, este río está muy distraído últimamente —le dijo
—. Debe ser el calor.



El Guandal guarda enteros a los vecinos del turno nocturno.

CAPÍTULO 7

Los otros que no se han enterado

Mi abuela decía, vecino, que la noche en el Pacífico no es para dormir sino para visitar, y que si uno se queda despierto lo suficiente descubre que el pueblo tiene dos turnos, como las panaderías: uno que trabaja de día y otro que trabaja cuando todos roncan.

Celestina lo descubrió la tercera noche, porque no podía pegar los ojos. Desde la ventana de la casita azul vigilaba la pañoleta morada, y a eso de las dos de la mañana, justo cuando la marea se dio la vuelta como quien se acomoda en la cama, vio que la abuela se levantaba del banco, se sacudía la falda y echaba a andar por las tablas hacia el pueblo. Celestina se puso las chancletas, las pensó mejor, se las quitó para no hacer ruido y salió detrás, descalza, con el corazón en la boca

y una vela que no se atrevió a prender.

Saturnina caminaba ligerita, saludando a las casas dormidas por su nombre, y en la esquina de la iglesia se detuvo frente a un hombre que venía en sentido contrario. Era un señor flaco, de gorra azul y bolsa de cuero terciada al pecho, que llevaba unos lentes redondos en la punta de la nariz y unos zapatos tan lustrados que brillaban sin luna.

—Buenas noches, don Hermógenes —dijo la abuela—. ¿Mucho correo hoy?

—Lo de siempre, doña Saturnina. La gente no deja de escribirse.

Don Hermógenes Sinisterra, le explicaría después don Fermín con muchos rodeos, había sido el cartero de San Ruperto hasta mil novecientos sesenta y tantos, y nunca, ni con Chepa en su peor octubre, había dejado una carta sin entregar. Celestina lo siguió un ratito y lo vio meter sobres amarillentos por debajo de las puertas: una carta de amor para una muchacha que se había casado y mudado medio siglo atrás, una postal para un señor que se había ido al puerto y no había vuelto, un telegrama de felicitación por un bautizo cuyo bautizado ya era abuelo. Los sobres pasaban por debajo de las puertas y al otro lado no caían en ninguna parte, pero el cartero se iba tan satisfecho que daba gusto verlo. Hubo uno, sin embargo, que lo dejó parado en medio de la calle, rascándose la gorra. La dirección tenía un nombre de calle borrado, limpio, como si nunca lo hubieran escrito.

—Esta es para los panaderos —murmuró—, pero no me acuerdo dónde quedan.

Y se guardó la carta en el bolsillo de la camisa, para no perderla.

Más allá, en la playita de barro donde se varan las canoas, la abuela se sentó junto a un viejo de sombrero de iraca que tenía las manos más grandes que Celestina había visto nunca. Era el taita Cleto Rentería, y estaba remendando una red. O eso parecía, porque la red no estaba. Las manos iban y venían con la aguja, anudando el aire con

tanta maña, tanta paciencia y tanto cariño que Celestina, si entrecerraba los ojos, casi veía los nudos. Saturnina le preguntó por la pesca y él le contestó que la cosa estaba floja, que el pargo andaba arisco desde el temporal, y nadie le dijo que el temporal había sido en el cuarenta y ocho.

La última visita fue la más elegante. En la puerta de la tienda de don Abundio esperaba una señora de vestido gris abotonado hasta el cuello, guantes de encaje y una libreta de tapas negras en la mano. Doña Purificación Arboleda, la dueña de la tienda que había ahí antes de que existiera don Abundio, seguía cobrando, noche tras noche, las cuentas del fiado de mil novecientos cincuenta.

—Ah, señora Saturnina —dijo, con una venia—. Usted me debe todavía una libra de azúcar y dos velas de sebo. Pero no se preocupe, que usted siempre ha sido buena paga.

—Mañana sin falta, doña Puri.

—Eso me dijo la semana pasada.

—Y mañana se lo vuelvo a decir, para que vea que soy constante.

Doña Purificación sonrió, anotó algo en su libreta con un lapicito y siguió con su ronda: tocó con mucha educación en tres puertas más, recordó a cada quien lo que debía su abuelo o su bisabuela, y no le cobró a nadie con mal modo, porque decía que una deuda cobrada con grosería se cobra dos veces.

Y aquí viene lo que yo quiero que usted note, vecino, porque mi abuela lo repetía con el dedo en alto: a Celestina no le dio miedo. Ni un poquito. Le dio una ternura que le apretó la garganta, la misma que se siente al encontrar en un cajón la letra de alguien querido. Esos vecinos no asustaban a nadie. Eran parte del pueblo igual que la campana o el muelle, igual que el gallo de las tres de la tarde, y la prueba se la dio el río.

Porque al volver, pasando por el muelle, Celestina se asomó al

agua y los vio reflejados. A los cuatro. A la abuela, al cartero, al pescador y a la señora del fiado. En el aire eran delgaditos, de pañuelo gastado, pero en el Guandal se veían enteros, con sus colores, con sus arrugas, con la gorra azul y la pañoleta morada brillando como recién compradas. El río los tenía guardados. Se acordaba de ellos con más fuerza que de las casas.

Solo que, mirando bien, la red del taita Cleto tenía en el reflejo unos huecos que antes no estaban, y la libreta de doña Purificación unas páginas en blanco, y en el bolsillo del cartero la carta para los panaderos se iba quedando sin letras.

Celestina se sentó en las tablas, abrazándose las rodillas, y entendió de una vez lo que nadie le había dicho. Si el río terminaba de olvidar, no solo se iban a perder calles, tejados y canciones. Se iban a perder ellos también, los de este lado y los del otro, el cartero sin destinatarios y la señora sin deudores, el pescador sin red ni mar. Salvar San Ruperto no era salvar un pueblo de tablas. Era salvar a toda su gente, la que se acuesta temprano y la que sale de ronda a las dos de la mañana.

Saturnina volvió a su banco, se acomodó la pañoleta y siguió contando. Celestina se quedó a su lado hasta que salió el sol, y por primera vez no se sintió de visita.



Noche de ojos cerrados: el Guandal le muestra su rostro.

CAPÍTULO 8

Lo que el río recuerda de nosotros

Hay noches, vecino, en que la luna se va de visita a otro pueblo y deja el cielo tan oscuro que uno no sabe dónde termina el agua y dónde empieza el aire. Mi abuela las llamaba noches de ojos cerrados, y decía que en ellas el río habla más claro, porque no tiene que competir con nadie.

En una de esas noches Celestina se subió al potrillo del taita Cleto, que el viejo le prestó sin preguntar nada, o mejor dicho, se lo prestó con una mano mientras con la otra seguía remendando su red invisible. Ella nunca había remado en su vida. Los primeros diez minutos los pasó dando vueltas en el mismo sitio como un trompo, y los cangrejos de la orilla, que son muy chismosos, se asomaban del

barro a mirarla. Pero el Guandal, que es paciente, le fue enderezando la canoa con la corriente, suavemente, como quien le acomoda el cuello de la camisa a un niño antes de misa, y al rato Celestina remaba río arriba entre manglares que respiraban en la oscuridad.

No sabía bien a qué iba. Sabía nada más que en tierra todo el mundo le había hablado: el sepulturero, el barbero, las cantadoras, la maestra, la abuela que no paraba nunca. Y que el único que todavía no le había dicho nada era el río.

Cuando dejó de ver las últimas luces del pueblo, soltó el remo y esperó.

Primero se formó un remolino chiquito al lado de la canoa, de esos de buscar llaves. Luego otro, y otro más, en fila, hasta que el agua entera se puso a girar despacio alrededor del potrillo, y en el centro de cada remolino, como en el fondo de un pocillo de tinto, empezaron a aparecer cosas.

En el primero vio a una niña de trenzas que corría descalza por el muelle con un mango en cada mano. Celestina la reconoció antes de pensarlo, por la manera de echar la cabeza hacia atrás al reírse, la misma risa que ella había oído tantas veces detrás de la puerta de la cocina, cada diciembre, sin saber si era risa o era llanto. Aquí no había duda: era risa pura, de esa que sale sin pedir permiso. Su madre tendría siete años. Detrás de ella venía una Saturnina joven, con la pañoleta morada todavía nueva, fingiendo que no podía alcanzarla, y en las ventanas las vecinas se asomaban a mirar, y don Hermógenes, vivo y con la gorra recién comprada, levantaba las cartas para que la niña no lo tumbara al pasar. Todo el pueblo estaba en ese remolino, vecino, y todo el pueblo se reía.

El segundo remolino giraba más despacio, como si le costara.

Ahí estaba otra vez su madre, ya mujer, en la sala de la casita azul, con una niña de pocos meses dormida contra el pecho. Era de noche. Saturnina tenía en las manos el retrato del señor bigotudo y lo miraba

con una sonrisa amable, la sonrisa que se le pone a un desconocido simpático. Le preguntó a su hija, con toda inocencia, quién era ese señor tan bien peinado. Y la madre de Celestina no contestó. Se quedó mirando a la niña dormida un rato larguísimo, sin parpadear, como quien se aprende de memoria un camino que no va a volver a recorrer, la frente, la nariz chata, el lunarcito debajo de la oreja. Luego metió cuatro cosas en un costal.

Con la marea de la madrugada salió la lancha. Saturnina estaba en su banco, de espaldas, contándole al agua. No se volteó. Pero cuando el motor arrancó, levantó una mano por encima del hombro y la dejó en el aire hasta que la lancha dobló el recodo. El río se había guardado esa mano también.

Celestina se tocó el lunarcito debajo de la oreja y se quedó quieta, con el agua devolviéndole su propio reflejo.

Solo que no era su reflejo. Era una cara arrugada, hecha de corrientes, con los ojos oscuros del fondo y una barba de raíces de manglar. Celestina, que tenía oído de afinadora, oyó entonces lo que el río tenía que decirle, no con palabras, sino con el sonido del agua contra la canoa, que era el sonido de un piano viejo al que se le han aflojado las cuerdas de tanto tocarlo.

El Guandal le dijo, o le hizo entender, que estaba cansado. Que ya no era el muchacho atolondrado de los tiempos de Bienvenida, sino un río viejo que se levantaba con dolor de orillas. Que durante cien años había colgado un pueblo entero de una sola voz, y que una sola voz es como una sola cuerda: aguanta, aguanta, aguanta, pero se va gastando, y el que se cuelga de ella se gasta también. Que cada recuerdo que le cobraba a una Mosquera no lo pedía por gusto, sino porque no tenía con qué más sostenerse. Y que no se olvidaba del pueblo por desamor, sino porque le pesaba tanto que ya no le cabía.

Luego hizo un último remolino, uno grande, y le mostró una cosa muy antigua: la orilla de San Ruperto antes del pacto, llena de

lavanderas chismeando, de pescadores discutiendo el precio del pargo, de niños cantando, de novios diciéndose cosas al oído en las canoas. Bulla, vecino. Pura bulla de gente. Y el río, debajo, escuchándolos a todos con cara de felicidad.

Celestina se quedó mucho rato pensando en eso. Pensó en los pianos, que no se sostienen con una cuerda sino con más de doscientas, cada una estirada con la fuerza de un hombre grande, y que entre todas aguantan el peso de un camión sin que ninguna se reviente. Pensó en las lavanderas. Pensó en la bulla. Se le estaba armando algo por dentro, algo que tenía la forma de un acorde, pero cada vez que intentaba agarrarlo se le escurría entre los dedos, como la tinta de la maestra Rosalba.

Remó de vuelta sin esfuerzo, porque la corriente la llevaba sola. Al amanecer, la pañoleta morada seguía en su banco, contando.

Celestina amarró el potrillo, se sentó al lado de su abuela y no dijo nada. Todavía no sabía cómo se llamaba lo que traía. Pero ya sabía, vecino, que no era una cuerda sola.



Puertas solas en el barro, nacidas de la voz de todos.

CAPÍTULO 9

La primera noche de Celestina

Esa noche, vecino, Celestina se bañó con agua de hierbas, se puso un vestido limpio que encontró en el baúl, uno blanco con florecitas que olía a tamarindo, y bajó al muelle cuando el sol se estaba metiendo en el manglar como quien se mete en la hamaca. No se fue a la otra punta, como la vez anterior. Se sentó en el banco, pegadita a su abuela, tan pegadita que la pañoleta morada le hacía cosquillas en la mejilla, porque se le había ocurrido que si el río no aceptaba otra voz, a lo mejor aceptaba dos voces juntas, como esas cuerdas del piano que vienen de a tres para una misma nota.

—¿Usted también va a chismear, hija? —le preguntó Saturnina, feliz—. Ya era hora.

Celestina abrió el cuaderno de tapas de cuero por la página de las calles, miró el agua oscura y empezó.

—En San Ruperto de las Mareas hay una iglesia con una campana de bronce —dijo, y la voz le salió tiesa, como de quien lee la lista del mercado—. Hay una escuela amarilla. Hay un muelle. Hay una tienda que es de don Abundio. Hay... hay casas.

Y ahí se quedó, vecino. Porque una cosa es saber que hay casas y otra muy distinta es saber quién ronca en cada una, quién tiene la mata de albahaca más grande, quién le debe un favor a quién desde la creciente del sesenta. Celestina conocía el pueblo como se conoce una partitura sin haberla tocado nunca: sabía dónde iban las notas, pero no cómo sonaban. Las palabras le caían al agua sueltas, sin peso, y el Guandal las mecía un ratico y las dejaba ir. A su lado, Saturnina seguía contando con su voz de pañuelo gastado, y las dos voces juntas no hacían ni media.

Celestina se mordió el labio. Pensó en levantarse. Y entonces sintió que alguien se sentaba en las tablas, a sus pies.

Era doña Eufemia Caicedo, con su canasta vacía en el regazo.

—Dígale que el sancocho de la tía Rufina lleva cilantro cimarrón, no del otro —le susurró al oído—. Y que lo revuelve con cuchara de palo de guayacán, siempre para el mismo lado, porque si lo revuelve al revés el pescado se pone bravo.

Celestina lo repitió en voz alta, despacito, y el agua hizo un ruidito de cuchara contra olla.

Detrás de doña Eufemia venía don Abundio con el sombrero en la mano, que le contó que al gallo de don Evaristo le decían Monseñor porque caminaba como si fuera a dar la bendición. Y detrás de don Abundio venía don Lisímaco, que le contó cuál era el lunar de cada cliente y en qué lado se peinaba cada quien. Y detrás venían las gemelas Valencia, sin risa pero con la lengua bien suelta, peleándose en susurros sobre cuál había nacido primero, y cada una le dictó su

versión, y Celestina las repitió las dos, porque el río tenía derecho a decidir.

Uno por uno fue llegando el pueblo, vecino, con sus sillas, sus velas, sus termos de tinto, y se fue acomodando en el muelle en una fila larguísima que llegaba hasta la tienda, todos esperando su turno para agacharse junto a Celestina y decirle algo al oído. La maestra Rosalba le dictó, sin cuaderno, cuál era el niño que siempre llegaba tarde y por qué. El padre Eleuterio le confesó, muerto de vergüenza, que de seminarista se había comido las hostias sin consagrar. Doña Tránsito le cantó bajito el apodo de cada una de las cantadoras. Y don Fermín, que era el último de la fila y el más tímido, se agachó colorado hasta las orejas y le contó que una vez, hacía cuarenta años, le había dejado una flor de heliconia en la ventana a una muchacha que hacía pan de coco, y que nunca se había atrevido a firmarla.

Celestina lo repitió todo. Las recetas, los chismes inocentes, los apodos con su razón, los amores de juventud con sus suspiros incluidos. Ya no leía. Hablaba. Y la voz se le fue poniendo gorda, tibia, con esa nota de abajo que le faltaba a la de la abuela, porque ya no era solo su voz: era la voz de todos, pasada por su boca como pasa el agua por una canoa.

Fue pasada la medianoche cuando alguien gritó.

Allá, entre la casa de las hermanas Riascos y la tienda de don Abundio, donde estaba el letrero que decía «Aquí había algo», habían aparecido unas puertas. Una al lado de la otra, de madera pintada, con sus aldabas y sus números, paraditas en el barro con sus marcos y sus umbrales y sus felpudos, y detrás de cada una, nada más que el cielo sin luna. Ni paredes, ni tejados, ni hornos. Puertas solas, en fila, como si la calle se estuviera vistiendo de abajo para arriba y le hubiera faltado tiempo para ponerse el sombrero. El olor a pan de coco se movió en el aire, buscó una de ellas y se quedó quieto, por fin, delante de su casa.

Nadie celebró mucho, porque media calle es media calle. Pero doña Eufemia se fue a pararse con sus monedas frente a una de esas puertas, por si acaso.

Celestina siguió contando hasta que salió el sol. Cuando la última vecina se fue a hacer el desayuno, se estiró en el banco, con la garganta seca y el corazón contento, y se puso a tararear, como hacía siempre después de un trabajo bien hecho, la melodía de su primer piano, uno vertical, viejito, de un colegio de monjas, al que ella le había devuelto la voz a los quince años. Siempre la tarareaba. La sabía como su propio nombre.

Abrió la boca y no salió nada.

Sabía que había existido. Sabía que era alegre, que tenía un saltito en la tercera nota. Pero la melodía no estaba. En su lugar había un hueco tranquilo, con su barro y sus raíces, como el de la calle de los panaderos.

Saturnina le apretó la mano.

—Así es, hija —le dijo, sin saber muy bien por qué lo decía—. Ahora sí es de aquí.



El Guandal devuelve a Nina sus recuerdos junto a la torta.

CAPÍTULO 10

El cumpleaños que Saturnina olvidó

Mi abuela decía, vecino, que uno no puede despedirse de una casa si no se acuerda de dónde quedan los cuartos. Que para irse bien de un lugar hay que recorrerlo entero, abrir las ventanas, tocar las paredes y decirle adiós a cada rincón. Y eso fue lo que Celestina entendió esa mañana, con el hueco de su melodía todavía tibio en el pecho.

La abuela no podía saberse muerta porque ya no le quedaba casi vida que recordar. Cincuenta años de oficio, cincuenta renglones en el cuaderno, cincuenta cuartos cerrados con llave. ¿Cómo iba a despedirse de una vida que se le había ido quedando en el río, pedacito a pedacito? A quien no recuerda haber vivido no se le puede

contar que ya terminó. Por eso la noticia se le cambiaba de emisora. No era terquedad. Era que no tenía dónde ponerla.

Así que esa misma tarde Celestina bajó a la orilla, se metió al agua hasta las rodillas, como dicen que hizo Bienvenida, y le habló al Guandal con la voz gorda que le había quedado de la noche anterior.

—Devuélvale lo que le cobró —le pidió—. Todo. Lo de los cincuenta años. Ahora somos muchos los que le contamos, no tiene que sostenerse de ella sola.

El río se quedó pensando un rato largo, que en un río son varias mareas, y al final hizo un remolino chiquito, de buscar llaves, que señalaba hacia el baúl de la casita azul. Celestina abrió el cuaderno en la página del año veintidós: «La fecha de mi cumpleaños. Ya no sé cuándo celebrarme, así que celebro a los demás».

Y ahí se trancó el asunto, porque nadie en San Ruperto sabía cuándo cumplía años Saturnina. Ni el padre Eleuterio, que tenía los libros de bautizo comidos por el comején, ni las cantadoras, ni don Fermín. Hasta que a las dos de la mañana, con mucha educación, tocó la puerta doña Purificación Arboleda, con su libreta de tapas negras.

—Disculpe la hora, señorita Celestina —dijo—, pero yo nunca olvido una deuda. Aquí está: una libra de azúcar y dos velas de sebo, fiadas por Saturnina Mosquera el catorce de agosto de mil novecientos cincuenta. Para la torta de sus quince años, me dijo. Nunca me las pagó, y yo nunca se las cobré con mal modo.

Era el catorce de agosto. Faltaban tres días.

No le voy a contar todo lo que hizo el pueblo en esos tres días, vecino, porque se nos hace de noche y todavía no hemos cenado. Le basta saber que las gemelas Valencia colgaron cadenetas de papel desde la iglesia hasta el muelle, que la tía Rufina hizo un sancocho con sus trece secretos y uno más que se inventó para la ocasión, que don Lisímaco peinó gratis a todo el que quiso ir bonito, y que la maestra Rosalba horneó una torta de tres pisos con una libra de

azúcar que don Abundio no quiso cobrar, porque esa deuda ya tenía dueña. Doña Purificación trajo las dos velas de sebo y las puso encima ella misma. Don Hermógenes llegó con un sobre amarillento que llevaba setenta años en su bolsa, una tarjeta de felicitación que nunca había encontrado a quién entregar.

Esa tarde llevaron a Saturnina hasta la torta. Ella miró las velas, las cadenas, la gente, y preguntó muy contenta a quién estaban celebrando.

—A usted, abuela —le dijo Celestina—. Hoy cumple años.

Y esa noticia sí le llegó, vecino, porque esa era una noticia de vivos.

Entonces el Guandal subió despacito, sin mojar a nadie, hasta lamer la orilla del muelle, y empezó a devolver.

Primero fue la cara de Anselmo. Celestina le puso el retrato en las manos, y la abuela lo miró como lo había mirado mil veces, con su sonrisa amable de desconocido simpático, y de pronto la sonrisa se le desarmó. Se llevó la mano a la boca.

—Ay, mi viejo —dijo—. Mire lo serio que salió, y eso que no paraba de echar chistes. Este bigote me picaba cuando me daba besos.

Luego vino la voz de su hija. Un remolino le dejó en el oído una risa de niña de trenzas, y luego una voz de muchacha que decía «mamá» con una ternura que no se gasta. Saturnina cerró los ojos para oírla mejor y se quedó así un ratito, meciéndose.

Y uno por uno siguieron llegando, como pasajeros que bajan de una lancha: el sabor del pan de su mamá, dónde había guardado las tijeras buenas, el baile en que conoció a Anselmo, el día que su hija dijo agua por primera vez. Y al final, el más chiquito y el más antiguo, el nombre con que la llamaba su papá cuando la cargaba a hombros por el muelle.

—Nina —dijo ella, asombrada—. Yo me llamaba Nina.

Doña Remedios llegó en ese momento, aunque no era martes, y cayó tan despacio sobre las velas que no las apagó.

Saturnina se miró las manos. Las movió despacio, con la luz de las velas pasándole a través, y se le vieron las tablas del muelle del otro lado, como se ve el sol detrás de un pañuelo lavado demasiadas veces. Se quedó mirándolas sin susto, con toda la vida de vuelta en su sitio, cada cuarto abierto, cada ventana de par en par.

Después levantó la cabeza, miró a su nieta y sonrió con una sonrisa enterita, sin pedazos que le faltaran.

—Ah, hija —dijo, muy tranquila—. Con razón nadie se tomaba el tinto.



Saturnina se va río abajo, liviana como una pañoleta morada.

CAPÍTULO 11

La despedida en el muelle

Mi abuela decía, vecino, que los muertos que se enteran a tiempo tienen derecho a una última diligencia, como esos viajeros que antes de subirse a la lancha se devuelven corriendo a ver si apagaron el fogón. Y Saturnina, que en su vida había dejado un sancocho a medio hacer, pidió la suya esa misma noche, todavía con migas de torta en la pañoleta.

—Déjeme contar una vez más, hija. La última. Que no me quiero ir debiendo.

Celestina no tuvo valor para decirle que no, ni ganas tampoco. Y fíjese lo que son las cosas: ahora que la abuela tenía la vida entera de vuelta en su sitio, la voz le había recobrado la nota de abajo, ese peso

tibio que le faltaba, de modo que cuando dijo «buenas noches, Guandal», el río se arrugó todo de contento, como un perro viejo que oye por fin los pasos de su dueña en la escalera.

La noticia corrió por San Ruperto más rápido que un chisme de bautizo, y antes de que oscureciera ya estaba el pueblo entero en el muelle. Llegaron con velas en frascos de vidrio, con sillas, con niños dormidos en los brazos y con termos de tinto que esta vez sí se iban a tomar. Las cantadoras se acomodaron en la punta, doña Tránsito adelante, y empezaron bajito con un arrullo de los que se cantan para que los niños se duerman sin miedo. El padre Eleuterio subió al campanario y se puso a mecer la campana muda, por costumbre y por cariño, y nadie le dijo que no sonaba, porque todos la estaban oyendo por dentro.

Y a eso de las once, por las tablas, llegaron los otros. Don Hermógenes con su gorra azul y su bolsa terciada, el taita Cleto con su red de aire al hombro, doña Purificación con sus guantes de encaje y su libreta de tapas negras. Venían como se va a una fiesta a la que uno no sabe bien quién lo invitó, un poquito tímidos, y el pueblo les hizo campo sin preguntarles nada. Doña Eufemia le ofreció un pocillo de tinto al cartero, y él lo recibió con una venia y lo sostuvo toda la noche sin tomárselo, pero muy agradecido.

Entonces Saturnina se acomodó la pañoleta, cruzó las manos sobre las rodillas y, en lugar de empezar por la iglesia y la escuela y la tienda de don Abundio, como llevaba cincuenta años haciéndolo, dijo:

—Esta noche no le voy a contar el pueblo, que el pueblo ya tiene quién se lo cuente. Esta noche le voy a contar a mi nieta, para que usted la conozca y me la cuide.

Y se la contó toda, vecino. Le contó que había nacido una madrugada en que llovía Lucerito, chiquita y arrugada como un chontaduro, con un lunarcito debajo de la oreja que su mamá besaba cada vez que la cargaba. Le contó que antes de saber decir agua ya

volteaba la cabeza cuando alguien tarareaba, y que una vez, con meses apenas, se quedó callada oyendo una marimba como quien oye a un pariente. Le contó la semana de los nueve años, cuando la niña le preguntó qué hacía hablándole al agua, y que ella le había contestado que chismeando, pero que en verdad le estaba contando al río lo bonita que estaba su nieta, para que no se le olvidara nunca. Le contó lo de los pianos, que esta muchacha sabía oír cuándo una cuerda estaba triste y que por eso escuchaba tan bien que a veces se le olvidaba hablar.

—Y tiene un hueco, Guandal —dijo, más despacito—. Donde había una canción de piano, ahora tiene un hueco con barro y raíces. Ese se lo cobró usted, así que me lo cuida con especial atención, que eso no se le hace a cualquiera.

Celestina se tapó la cara con las manos. No lloraba de pena. Lloraba como se llora cuando alguien le cuenta a uno su propia vida y le sale más bonita que como uno la tenía guardada.

Al final, la abuela agregó una cosa más, y esa no se la dijo al río sino a su nieta, en voz bajita:

—Cuando vea a su mamá, díglele que hizo bien. Que yo conté por las dos, y que ya me acuerdo de su voz.

Fue en ese momento cuando llegó Doña Remedios. No era martes, pero a esas alturas a nadie le importaba el calendario. No tocó en las ventanas ni pidió permiso, porque esa noche toda la familia estaba afuera. Cayó fina, fina, tibia como una mano que acaricia una frente con fiebre, tan despacio que no apagó ni una sola vela, y las gotas se quedaban un ratico en el pelo de la gente antes de rodar, como si quisieran despedirse una por una.

Las cantadoras pasaron del arrullo a un alabao, el más bonito de todos, y lo cantaron más ligerito, como Saturnina había pedido, para que nadie se durmiera. El pueblo entero lo coreó. El taita Cleto marcaba el compás con su aguja, doña Purificación cerró su libreta

por primera vez en setenta años y don Hermógenes se quitó la gorra.

Con la marea de la madrugada, cuando el Guandal se dio la vuelta como quien se acomoda en la cama, Saturnina se levantó del banco. Le dio a Celestina un beso en el lunarcito, se sacudió la falda, le dijo a doña Purificación que el azúcar y las velas ya estaban pagadas con torta y todo, y caminó hasta el borde de las tablas.

—Bueno —dijo, risueña—, ya me voy, que se me hace tarde y allá me están esperando con un señor de bigote que pica.

Y se fue río abajo, vecino, sin pena ninguna, tan ligera que el agua apenas se movió, flotando sobre la corriente como una pañoleta morada que alguien suelta al viento, liviana como quien por fin se acuerda de todo y ya no tiene nada que cargar. El río la llevó despacito, con mucho cuidado, hasta que dobló el recodo.

Celestina se quedó sentada en el banco, sola por primera vez. Y el Guandal, a sus pies, le hizo un remolino chiquito, de esos de buscar llaves, apuntando derecho hacia ella.



Entre todos lo cargamos: el Guandal suspira aliviado.

CAPÍTULO 12

Un pueblo que se cuenta a sí mismo

Al otro día, vecino, Celestina no se sentó en el banco. Se quedó un rato largo mirándolo, con la pañoleta morada doblada en el regazo, y luego se fue caminando hasta la tienda de don Abundio, pidió que le prestaran la campana muda del padre Eleuterio, que para eso no hacía falta que sonara, y convocó a asamblea.

Vino el pueblo entero, con sus sillas y sus abanicos, esperando que la nueva Mosquera anunciara que heredaba el oficio, y ya las cantadoras tenían preparado un alabao de consolación. Pero Celestina se paró frente a todos, se acomodó el pelo con los dedos y dijo una cosa que nadie esperaba.

—Yo sola no lo cargo.

Hubo un silencio de esos en que se oye a los cangrejos pensar. Entonces ella les habló de los pianos. Les contó que un piano no se sostiene de una cuerda sino de más de doscientas, cada una estirada con la fuerza de un hombre grande, y que entre todas aguantan el peso de una lancha cargada sin que ninguna se reviente. Que si una sola cuerda tuviera que cantar todas las notas, se rompería a la primera canción. Y que eso le había pasado al río durante cien años, y a las mujeres de su familia también.

—Que cada noche lo cuente uno distinto —propuso—. Así el precio se reparte, y en vez de olvidar una vida entera, cada quien olvida una cosita pequeña al año. Dónde dejó las gafas. El nombre de una prima tercera. Si el sancocho de ayer tenía o no tenía sal.

Don Prudencio Valencia, que era hombre de muchas reuniones, pidió votación. Ganó por unanimidad, y hasta doña Purificación Arboleda levantó la mano enguantada desde el fondo, aunque no le tocaba votar.

Esa misma tarde bajaron todos a la orilla, y Celestina se metió al agua hasta las rodillas, como Bienvenida, y le explicó al Guandal el trato nuevo. El río se quedó quieto un momento. Y luego, vecino, soltó un suspiro tan largo que la marea bajó de golpe un palmo y dejó a todos los cangrejos con las patas al aire, y nadie en San Ruperto había oído nunca a un río aliviarse de esa manera. Doña Remedios cayó un ratico, aunque era jueves, de puro contento.

La maestra Rosalba hizo el calendario de turnos, esta vez con tinta que no importaba que se borrara, porque lo que contaba era lo que se decía en voz alta. Le tocó primero a don Abundio, que habló tres horas seguidas y al amanecer descubrió que ya no se acordaba del chiste del cangrejo que quería caminar derecho, pero lo aprendió de nuevo esa misma mañana, contado por las gemelas, y le pareció mucho más gracioso. Las gemelas, por cierto, se lo contaron riéndose, porque la risa les había vuelto, otra vez de agua que se riega, empezando en una y terminando en la otra.

Y así fueron volviendo las cosas, una por noche. Volvió el tilín de la campana, y el padre Eleuterio casi se cae del campanario del susto. Volvió el azul de la lancha de don Evaristo, un azul de echarse a navegar sin rumbo. Volvió el último verso de «Bogando va la luna», y esa noche nadie se fue a dormir. Volvió el nombre del perro de don Fermín, que se llamaba Cumplido, y el perro movió la cola como si siempre lo hubiera sabido.

La noche que le tocó al taita Cleto, la calle de los panaderos recuperó sus tejados. Amanecieron todos de una vez, de zinc y de palma, con sus chimeneas echando humo y sus hornos calientes, y la Señorita Marcelina llovió encima un buen rato por el gusto de oírlos. Doña Eufemia pagó por fin sus monedas. Don Hermógenes entregó la carta que llevaba en el bolsillo de la camisa, y resultó ser de la panadera para un muchacho tímido que le dejaba heliconias sin firmar. Don Fermín la leyó cuarenta años tarde y se puso colorado hasta el sombrero, y la panadera, que seguía soltera y seguía horneando, le regaló un pan de coco tibio.

En diciembre llegó una lancha con una señora de maleta pequeña y paso inseguro, que se bajó en el muelle mirándolo todo como quien vuelve a una casa donde dejó algo encendido. Era la madre de Celestina. Traía dulce de coco envuelto en hoja de plátano, pero esta vez no se lo comió de espaldas. Lo repartió. Y cuando le tocó su noche, se sentó en el banco, abrazada a su hija, y le contó al río la ciudad donde la había criado, el arroz servido a destiempo, las goteras inventadas, los diciembres. Al día siguiente había olvidado el número de un bus que ya no pensaba volver a tomar. La cara de su hija, en cambio, la tenía enterita.

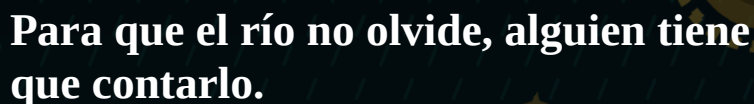
Y aquí me paro, vecino, que ya se nos hizo de noche y el zancudo se cansó del chisme.

Todo esto me lo contó mi abuela, en este mismo portal, y le juro por mis difuntos que así fue. Ella tenía un lunarcito debajo de la oreja, sabía cuándo estaba triste una cuerda y, cuando tarareaba,

siempre había un pedacito de la canción que se saltaba con mucha naturalidad, como quien pasa por encima de un charco.

Le advierto una cosa, eso sí. El Guandal todavía se olvida de algún detalle de vez en cuando, porque ya está viejo y es río, y los ríos se distraen. Un martes se le olvida el color de una ventana, otro día el apodo de un muchacho. Por eso en San Ruperto nadie se calla nunca, y por eso yo le cuento esto a usted.

Ahora le toca contarle a usted, que el río nunca se sabe por dónde anda escuchando.



Para que el río no olvide, alguien tiene que contarlo.

En San Ruperto de las Mareas la lluvia tiene nombre propio y el río Guandal se acuerda de todo: del primer diente de cada niño, de las recetas con sus trece secretos, de los amores que no se dijeron. Cada noche, una mujer Mosquera le cuenta el pueblo para que no lo olvide. Pero una mañana desaparece la calle de los panaderos y solo queda el olor a pan de coco. Celestina, afinadora de pianos, regresa llamada por una carta escrita por la lluvia y descubre que su abuela Saturnina murió hace tres meses sin enterarse. Para salvar al pueblo deberá heredar un oficio cuyo precio es olvidar la propia vida... o encontrar la manera de cambiarlo.

«Uno siempre cree que solo va de visita.»



Mateo Quiroga y Marlon Falcón
Ilustraciones de Yolanda Mina